

EDUARDO LAGO  
CUADERNO DE MÉXICO

PRÓLOGO DEL AUTOR

f

2021

FIRMAMENTO

*Julio de 1995*  
*A GB, que lo vivió*

Viernes 14  
*Cancún-Playa del Carmen*

Nada más aterrizar en Cancún nos dimos cuenta de que los empleados de Aeroméxico se habían quedado por error con los billetes de vuelta en JFK. Eran las siete de la mañana y hacía un día húmedo y bochornoso. En el control de inmigración, un funcionario de policía nos reclamaba insistentemente los billetes que faltaban, mientras por detrás de él un compañero suyo, de bigote fino, nos filmaba con una cámara de vídeo como si fuéramos terroristas reclamados por la justicia internacional. La cola de turistas yanquis empezaba a dar muestras de impaciencia. Por fin, el policía se cansó de insistir y nos autorizó la entrada al país.

La señora de los lavabos nos indicó el camino de acceso a las oficinas de Aeroméxico. Era la última puerta de un estrecho corredor oculto al público. Nos atendió una chica seria, corpulenta, de rostro agradable, uniformada de gris, que trató de comunicarse por correo electrónico con el aeropuerto Kennedy. Tras ver que sus repetidos intentos no daban resultado, el supervisor, un hombre amable, de unos treinta y cinco años, que respondía al nombre de Francisco Jiménez, nos dijo que el día de nuestro regreso estaba de guardia y se encargaría personalmente de nuestro caso.

Se puede ir en taxi hasta el aeropuerto de Cancún, pero para salir de allí no queda más remedio que utilizar los servicios de los vehículos oficialmente designados por las autoridades de la base aérea. Compramos los billetes y abordamos un moderno minibus blanco que efectuó un largo recorrido por carreteras asfaltadas de gris claro, anchas y bien delineadas, bajo el sol aún blanquecino de la mañana. De vez en cuando se nos cruzaba en el camino una nube espesa de mariposas amarillas.

Entre los pasajeros iba una joven pareja de suecos; ella era médico y sabía que su novio, que llevaba un haz de flechas lacandonas en el equipaje de mano, tenía un ataque de apendicitis aguda. Estaban muy asustados, y no sabían bien qué hacer. Les dijimos que lo mejor era que fueran al Hospital Americano. La *combi* los dejó en una placita recoleta y soleada, a la puerta de un hotel que tenía una pérgola de flores junto a la entrada y costaba veintiún dólares la noche. Como no teníamos punto de destino, seguimos hasta el final del trayecto, y lo primero que hicimos al llegar al centro de Cancún fue sentarnos en la terraza del hotel Parador, donde pedimos una cerveza y el primer aperitivo mexicano. Desde allí GB llamó a Esmeralda por teléfono y le dejó un mensaje en el contestador.

Nos fuimos a pasear por la avenida Tulum. Yo iba arrastrando una bolsa enorme de color negro, que habíamos comprado en Saint Mark's Place la víspera del viaje. Pesaba un quintal, porque habíamos metido en ella el equipaje de los dos. La mañana se

esfumó sin que fuéramos capaces de tomar ninguna decisión. No sabíamos bien si quedarnos en Cancún o irnos a Isla Mujeres, si entrar en la estación de autobuses y comprar un billete con cualquier punto de destino, o si alquilar un coche y echarnos a la carretera en la primera dirección que se nos ocurriera.

A la sexta o séptima vez que recorriamos la avenida Tulum nos sorprendió una tormenta tropical. Nos refugiamos en un Pizza Hut de aspecto colonial que estaba en un primer piso, y desde la terraza estuvimos viendo llover. De vez en cuando consultábamos un mapa de México, contemplando las infinitas posibilidades que nos ofrecía la red nacional de carreteras. Por fin logramos tomar una decisión parcial, descartando ir al embarcadero de Puerto Juárez, de donde salen los barcos que van a Isla Mujeres. Eso fue todo, de momento. Con la tormenta, el aire se había oscurecido y la atmósfera estaba cargada de electricidad. Había un intenso olor a tierra húmeda y a palmeras mojadas. Tras un rato no muy largo, la tormenta cesó tan bruscamente como había empezado y volvió a salir un sol de fuego. Siempre con la bolsa a mis espaldas, atravesamos un parquecito, camino de la casa Hertz, con ánimo de informarnos sobre las tarifas de los coches de alquiler. Evacuadas consultas, seguíamos sin saber qué hacer, y resolvimos refugiarnos momentáneamente en un hotel que habíamos avistado en la acera de enfrente. Era también una construcción colonial, con un patio interior lleno de plantas y mosquitos, en el que resonaban los gritos de un niño y una niña que estaban chapotean-

do en la piscina, complacientemente observados por sus padres, una pareja de turistas mexicanos.

Informado de nuestro paradero por una llamada telefónica, el licenciado Alfredo Vigo vino a recogernos al hotel en su Nissan 4×4 de color negro. Nos saludó con gran cordialidad, y nos dijo que podíamos salir de Cancún aquella misma tarde y pasar juntos el fin de semana. Camino de su casa, hizo una breve parada en un establecimiento para consultar el precio de unos teléfonos celulares y luego nos dio un largo paseo por la carretera de la zona hotelera, que discurre entre el Caribe y la laguna de Cancún. Con mentalidad de funcionario público, nos habló del desarrollo turístico y la planificación urbanística del lugar. También nos contó algo de la historia de sus padres, que habían sido maestros en una zona rural maya.

\*

Alfredo Vigo tiene la tez y los ojos oscuros, la nariz a un tiempo ganchuda y aplastada y el pelo ensortijado. Ronda los cincuenta años, pero se conserva joven y atlético. Hace un año se casó con Esmeralda, que nos recibe en la puerta de su apartamento entre sonrisas, moviéndose con ademanes pausados, como los de él. Esmeralda tiene veintinueve años, la tez clara, el pelo rubio pajizo, los ojos de un azul aguado, la nariz, la boca y los labios anchos. Es una niña *fresa*, de familia rica. Nació en Veracruz, ha viajado mucho y ha vivido unos años en Nueva York, donde trabajó en una oficina gubernamental mexicana. Esmeralda

y su marido viven en un apartotel ubicado entre dos grandes extensiones de agua. La vista da por un lado a una marisma de color verde oscuro y por otro a una inmensa playa de fina arena blanca, frente a un mar de purísimo color azul turquesa.

La idea inicial es hacer viaje hasta Tulum. Alfredo arroja sus cosas a una bolsa. Lo último es una botella de tequila reposado, de color cobrizo, que el destino no querría que llegáramos a probar. Por la carretera, vamos oyendo música y contemplando una forma de paisaje que no cambiará mientras sigamos en el Yucatán: una maraña tropical de media altura. De tanto en tanto una palmera baja trata de abrirse paso entre la maleza. Cuando días después lo divisemos desde el aire, descubriremos que el paisaje del Yucatán es una inmensa mancha verde amarillenta, y la carretera una raya tensa, como trazada a tiralíneas.

El ingeniero agrónomo Alfredo Vigo se metió en política y negocios, y le fue muy bien en las dos cosas. Es un bebedor fino, de temple apacible, que habla siempre en voz muy baja. Estos días aguarda a que se resuelva su futuro: o el mundo de los negocios en Cancún, o las turbulencias de la vida política provinciana en Mérida, la capital del estado, como asesor del Gobernador. Es feliz con su segunda esposa, veinte años más joven que él. Los dos son almibarados y besucones. A Alfredo le gusta hablar de su lancha y su avioneta, que guarda en la ciudad fronteriza de Chetumal, capital del estado de Quintana Roo, donde fijó su residencia. Es evidente que se ha labrado su posición a pulso, con gran esfuerzo personal.

A los lados del camino se suceden las urbanizaciones turísticas que dan a las playas caribeñas. No sabemos cuándo ha caído la noche tropical, súbita siempre y de una intensidad que sugiere desde el principio el silencio hondo de la madrugada. Al cabo de un buen trayecto, Esmeralda y Alfredo deciden que es mejor no ir de un tirón hasta Tulum. Haremos noche en Playa del Carmen.

La carretera de entrada a la población está dividida por una estrecha franja de cemento pintado de blanco. A los lados hay unos tenduchos pobremente iluminados por bombillas solitarias de luz amarillenta. Enseguida el camino se hace de tierra y luego de arena. Dejamos la ranchera a las puertas de un hotelito de aire bohemio metido en plena playa que responde al nombre de Blue Parrot. Los asientos de la barra del bar son columpios y entre las mesas hay un bosque de sombrillas y palmeras. El suelo es de arena. Al fondo, hacia un lado, hay un escenario. Dejamos las cosas en la habitación, que es una cabaña adosada que da a un Caribe a oscuras. De la estrecha veranda cuelgan hamacas. En la arena, justo delante de las cabañas crecen palmeras trasplantadas, de tronco enano y grueso. Entramos en la habitación. Sobre la cama se despliega un mosquitero. Del techo de palma cuelga un ventilador de anchas aspas. Desde la puerta se contempla la noche, arreciada de estrellas. En la playa destellan fugazmente bandadas de luciérnagas, y al fondo se oye el fragor continuo y sordo de las olas.



\*

Al filo de la *happy hour* salimos del hotel con unos daiquiris servidos en vaso de plástico y nos fuimos a dar un paseo por la calle principal de Playa del Carmen, una sucesión de tiendas, casas de cambio y restaurantes con música en vivo.

Cenamos quesadillas, fajitas, y huitlacoche. Con la comida, Alfredo bebió ron con un poco de zumo de limón y un toque de cocaola, y Esmeralda inició a GB en los placeres de la chelada, que es una cerveza muy fría con un chorro de lima, aderezos picantes y sal. Un trío de guitarristas bien acompasados cantaba mexicanadas sentimentales de mesa en mesa. De vuelta en el Blue Parrot, nos sentamos bajo la enramada de palma, y pedimos unas copas. Esmeralda nos estuvo hablando de las singularidades de la vida provinciana, de las comadres de Chetumal y las comidas para veinticinco invitados. Las escenas de los comienzos de su vida conyugal le habían hecho sentirse un personaje de Isabel Allende o Laura Esquivel. El dueño del «Loro Azul», un ex-hippy alemán con pinta de mafioso que conocía a Esmeralda de otras veces, nos invitó a una ronda. A media conversación comenzaron a agitarse los alrededores del escenario, y enseguida dio comienzo un espectáculo flamenco lamentable, dirigido por un cantaor famélico que tenía acento madrileño y un hilo de voz. Había dos bailaoras, una que iba disfrazada de zíngara, y otra que llevaba un traje de faralaes y bailaba sin la menor gracia. Siguiendo indicaciones del alemán, quien cuando nos inscribi-

mos en el libro de registro se había fijado en que yo era español, hacia el final del espectáculo, la zíngara se acercó sonriente y cimbreante a nuestra mesa e intentó sacarme a bailar al escenario. Me negué con una rotundidad que la desconcertó a ella y decepcionó a nuestros amigos. Apostado detrás de un poste de madera, el teutón observaba la escena, sin acabar de entender que un español no se hubiera abalanzado en respuesta a la llamada ancestral del folklore de su tierra.

Tras el espectáculo, nos retiramos a la cabaña. Toda la noche se oyó el estruendo infernal de una banda de música, porque en el pueblo se celebraban las fiestas en honor de la santa patrona del lugar, la Virgen del Carmen. Pese a todo, logramos dormir a pierna suelta ya que la noche anterior sólo habíamos tenido dos horas de sueño.

Sábado 15

*Playa del Carmen-Tulum*

El sol de la mañana espejeaba en el agua. GB se había levantado temprano, se había dado una vuelta por la playa y se había bañado. Sentados a la sombra de una palapa, frente al mar, pedimos un desayuno copioso: zumos de guava, naranja y papaya, dulces, galletas y tostadas, huevos rancheros y a la mexicana... El ingeniero Vigo había amanecido con diarrea, pero comía como si estuviera estreñido. Ese día descubrimos las virtudes de los polvos de guaraná, y Esmeralda, que